

EL MITO DEL QUIRIM

María I. Otamendi^(*)

...me encontré en una selva oscura por haberme apartado del camino recto.

Dante Alighieri
La Divina Comedia

A Pucho Villegas lo conocían todos en Dolores. En realidad era El Pucho, con artículo, que connota conocimiento de vieja data y cierta intimidad.

Nació en una chacra próxima a la ciudad y vivió su infancia con un padre singular, afecto a la videncia y el esoterismo.

Comenzó a trabajar en los Tribunales, primero como mandadero del Juez, luego como cadete y finalmente encuadernó expedientes en la Mesa de Entradas. Conoció todos los vericuetos de pasillos y almas, saber que más tarde aprovechó para su tarea de gestor.

Los lunes fueron siempre complicados para El Pucho. Pero al hecho de ser lunes, ese día se agregó presión atmosférica en brusca caída, temperatura y humedad altas y una línea oscura de nubes arrolladoras que avanzaban desde el Sur. Norte duro, Pampero seguro, recordó y entró al bar donde se acodó en la barra.

El hombro derecho le dolía con intensidad. El dolor se había agudizado en los últimos tiempos y lo atribuía a los efectos del mundo secreto de su padre quien había buscado con ansiedad y durante mucho tiempo una piedra que, colocada sobre la frente de un hombre dormido, le hacía decir todo lo que pensaba. Le

había asegurado que quien poseyera el Quirim o Piedra de los Traidores, sería dueño absoluto de la verdad. Una noche de su lejana niñez lo despertó susurrándole al oído que había soñado con el Quirim y el lugar donde podrían hallarlo. En el sueño aparecía la piedra en un nido sobre un árbol del monte, al oeste del campo de los Arrúa. Hacia allí partieron los dos, luego de

el sueño, debía ser de abubillas cuyo olor es pestilente y este era un nido de hornero con perfume a barro fresco, su padre aseguró que se trataba del Quirim.

Anochecía y la conmoción del hombre se prolongó en el chico cuando le apoyó la mano en el hombro derecho y le dijo “abre tu corazón a la verdad que te presento”¹ y continuó con una sentencia que marcaría su vida



cargar en el Buick pedernales, tijeras y varas. Durante varios días treparon a los árboles hasta que finalmente encontraron una piedra en un nido. Y aunque, de acuerdo con lo revelado en

“los traidores son aprisionados por el silencio, su existencia es semejante a las piedras”². Continuó diciéndole que la traición era el grano de arena inicial en todos los delitos y que estaba

escondida en los pliegues de todos los pecados. Sintió en ese momento como si su padre hubiera puesto en su hombro derecho un puñado de ácido silícico y el calor de la mano le diera firmeza a la fórmula. Desde entonces sintió un peso tan intenso que curvaba su cintura y le obligaba a ladear la cabeza como contrapeso.

Ese lunes El Pucho le pidió al Colorado un whisky en las rocas. Alzó el vaso y lo hizo girar. Al moverlo los trozos de hielo le parecieron sienitas, gabos, calizas que bruñían la superficie interior del vidrio y pensó que eran como la traición que gira y gira y corroe el alma.

Alzó la vista y, como tantas veces en los últimos años, buscó con la mirada el Quirim, que lleno de polvo estaba entre las botellas detrás del mostrador. Recordó aquella lejana noche del descubrimiento en la que habían regresado con su padre atravesando el pueblo, que este detuvo el auto frente al bar con el Quirim en su mano y había ingresado sólo en el momento en el que el Colorado ya cerraba el local. Por la mañana en la puerta del bar seguía estacionado el viejo Buick. Adentro, él con las rodillas raspadas, dormía. Su padre había muerto camino a la chacra y el perito forense nunca pudo dar razones de esa muerte.

Y una vez más, como lo hacía cada vez que veía el Quirim sobre la estantería, se lo pidió al Colorado, quien como siempre le dijo que no, mientras repasaba la barra y mascullaba una vaga explicación.

Villegas no respondió a las excusas del Colorado y avanzó con morosidad por el salón. Se sentó como era habitual en la silla frente a la mesa del ángulo, de espaldas al vidriado de la calle. Apoyó el vaso de whisky y acomodó los expedientes. Vio den-

tro del líquido ambarino lascas de rocas heladas que formaban círculos concéntricos en forma de espiral, como fosas circulares, las arenas y el hielo del último círculo del infierno. Bebió todo el contenido de un solo trago y sintió que el whisky era como la verdad, que se instala en la garganta y arde.

Desde la barra, El Colorado observaba la espalda de Villegas curvada sobre la mesa. Lo sorprendió ver cómo agitaba el vaso tomando hasta la última gota. Nunca quiso darle esa piedra que le entregó el viejo Villegas una noche en la que llegó con los ojos enrojecidos y la ropa desencajada. Tenéla vos Colorado, dijo que le había pedido el hombre, y había arrojado la piedra sobre la barra. Según él, eso fue todo.

Entraron más parroquianos que se ubicaron en una mesa próxima a la puerta, miraron hacia el fondo del local y hablaron a media voz del Pucho, de una denuncia, de pruebas. Se pudo todo, dijo uno.

El Colorado se acercó a Villegas y le ofreció otro whisky. El Pucho le extendió el vaso en señal de aceptación y le pareció ver a través del vidrio la imagen del Colorado invertida.

El dolor del hombro se había tornado insoportable y, mientras esperaba el próximo trago, pensó que si finalmente él hubiera tenido el Quirim, lo hubiera acercado a la frente de los jueces y su delito quedaría empañado.

El Colorado sin apartar la vista de Villegas, mientras le preparaba el segundo whisky, confirmaba que el Quirim seguía en su lugar.

El Pampero había comenzado a invadir el pueblo.

El Comisario Caprile y el oficial Elía entraron al bar y se dirigieron a la barra. Hablaron con El Colorado, quien les hizo una seña para indicarles la ubi-

cación de la mesa frente a la cual estaba El Pucho.

Avanzaron sobre el salón, con paso lento pero decidido. Vamos Villegas, el Juez lo espera, le dijo Caprile. Qué macana te mandaste Pucho, le susurró el oficial Elía.

Villegas se levantó, abrochó su saco azul con botones dorados, recogió los expedientes y salió tras ellos. Al llegar a la vereda se dio vuelta y se detuvo a mirar al Colorado a través del vidrio. Como proyectado en cámara lenta lo vio girar hacia el Quirim, que lo acariciaba y, sin ocultar una sonrisa, lo escondía en la caja registradora. Su movimiento era tan lento que a Villegas le pareció que la cabeza tenía tres rostros, una cara se reflejaba en el espejo del fondo de la barra, otra se adivinaba en el vidriado lateral y otra la que lo miraba a él.

El oficial Elía lo conducía con suavidad, como si fuera un chico. Sintió que su hombro derecho comenzaba a desgranarse.

**Miembro de la Comisión de Cultura de la Fundación Museo de La Plata "Francisco Pascasio Moreno".*

1, 2. Alighieri, Dante. La Divina Comedia.